

José Luis Montes Letrán

TU NOMBRE, ANUNCIACIÓN



IV Exaltación “La Anunciación de María”

Sevilla, 3 de Octubre de 2015

A mi tía Trini Rosa,
ejemplo de lucha, voluntad y superación.

A mis abuelos, Manolita y José Manuel,
que se han unido a Trini y José Luis, mis cuatro ángeles de la
guarda, en su palco en los cielos.

A Inmaculada y Salvador, y a Clavi,
porque los amigos son la familia que se escoge, y se puede ser
madre, padre y hermano, sin que medie la sangre.

A Inma y María,
las culpables, desde su infancia, de la alegría de lo escrito
y a quienes dedico por entero el pregón.

A mis padres y mi hermana,
la mejor familia que nadie pudiese desear ni soñar siquiera.

A Cristo y su Bendita Madre, Anunciación,
faro en la noche, verde en lo negro, claro en lo oscuro,
infancia en la madurez, locura en la sensatez, y mi inspiración.

A Sevilla.

*«Entró donde Ella estaba, y le dijo:
“Alégrate, llena de gracia;
el Señor está contigo”.»*

Lc 1, 28

I.- El anuncio a Sevilla

Soñé un cielo que despierta
en la luz de tu sonrisa.

Soñé un soplo de la brisa
que se cuela por la puerta,
dejando el alma entreabierta
por amor, en poesía.

Soñé un color de alegría
para pintar nuestro encuentro.

Soñé y sueño tan adentro,
que te siento todavía.

Soñé alzarte con mi mente
sobre el techo de un palacio.

Soñé quererte despacio,
despacio y eternamente
fluyendo el tiempo en la fuente
del recuerdo de mirarte.

Soñé poder confesarte
mis secretos, que he pecado.

Soñé que estaba a tu lado
por no tener que soñarte.

Soñé con volver a verte
y una pasión bien distinta
avivó la llama extinta
de aquel corazón sin suerte.
Soñé que pude tenerte
mientras giraba la noria,
y te contaba una historia
que a día de hoy, no concluye.
Sueña por mí, sueña y fluye,
que tocaremos la gloria.

Sueña un cielo que amanece
en la flor de tu mirada.
Sueña luces de alborada
sobre un jardín que florece,
cuando la rima se crece
en versos de cuanto digo.
Sueña el sentir que persigo
si así da fruto el trabajo,
que yo soñaré el atajo
que me conduzca contigo.

Sueña y revive, chiquilla,
que en tu cara al fin se estrena
el color sobre la pena,
la caricia en tu mejilla.

Sueña el fulgor que le brilla
a la aurora más temprana,
la silueta meridiana
a la que nunca renuncio.
Sueña Sevilla el anuncio
del rumor de esa mañana.

Sueña conmigo, sin miedo,
lo que tu alma te reclama.
Sueña y siente que te llama
con susurros de su credo,
pues con Ella siempre puedo,
dejando atrás mi amargura.
Ella es palabra y dulzura,
y desarma el corazón,
con su nombre, Anunciación,
al quererla con locura.

Soñarla es un imposible,
y la razón no lo explica.
Soñarla es luz en la noche,
es un aurora distinta.
Soñarla en sí, es un sueño
que despierta mientras brilla
el Sol rendido a su rostro
cuando nace su sonrisa.

Soñarla le da sentido
a los ojos que la miran.
Soñarla en sí, es un rezo,
una plegaria encendida.
Soñarla en el pensamiento
deja el alma confundida
en un instante que pasa
– fugaz y eterna en sí misma –
porque al soñarla se ha visto
lo que la fe no creía.
El corazón, malherido,
rejuvenece y palpita.
Ansioso aguardaba el gozo
del anuncio de su dicha.
El letargo de su espera
se hizo campo en la neblina
de esas mañanas sin verde
sobre laderas dormidas,
y el horizonte escapaba
del trazo que lo perfila.
El viento murmulla un eco
entre las ramas que silban.
Presagia en su tarareo
el tiempo que se avecina,
la llegada de su nombre
que abre el ciclo de la vida.

Todo renace en el sueño
de soñarla en su venida.
Y el sueño todo lo puede
porque en Ella, resucita.
Su Anunciación nos pregona
que una azucena germina
dentro de un vientre sin mancha
– sin pecado concebida. –
Aquel ángel fue testigo,
Gabrielillo lo sabía.
Sabía desde un principio
que aquella mujer bendita
había de ser la Madre
de Aquel que nos salvaría.
Dios le dijo que bajara,
porque ni Él mismo podía.
El sentimiento en su palpito
era devoción, henchida.
Cuando el ángel descendió
hasta tenerla a la vista
Gabriel no encontró palabras,
tan sólo: “Ave María”.
“Gratia plena” en tu dulzura.
Dios te salve, Virgen Niña.
Dios te salve, Anunciación.
¡Dios te salve por Sevilla!

Mirarte es un imposible,
y la razón no lo explica,
porque tu rostro es la paz
que en el cielo se divisa.
Tu rostro en sí, es belleza,
es primavera purísima.
Tu rostro es puerta a la Gloria,
paraíso en tu sonrisa,
es escalera en tus ojos
para subir a escondidas,
¡la que bajó Gabrielillo,
para darte la noticia!
Se cumplieron los presagios,
y todas las profecías,
menos una, que anunciaba
lo preciosa que serías.
¡Cómo será nuestra suerte
qué lo eres más, todavía!
¡Qué Dios se quedó embobado,
y ni Él mismo lo entendía!
¡¿Cómo surgió de sus manos
semejante maravilla?!
Por eso el ángel no pudo,
anunciarte nuestra dicha...
¡Fuiste tú quien se anunció
como Madre de Sevilla!

Si yo quisiera anunciarte,
ay... ¿Cómo te lo diría?
¿Cómo serían los versos?
¿Cuál su metro? ¿Cuál la rima?
¡Di la estrofa y las metáforas
que serían escogidas
para anunciar con poemas
lo que un ángel no sabría!
Por más dudas que me asalten,
eres el faro y la guía.
Por más veces que fracase,
me levantas y me inspiras.
Y aunque no encuentre palabras,
quedarán por siempre escritas
en el libro entre tus manos
– fuente de sabiduría –
donde guardas el pregón
que te entrego en poesía.
¡Qué las trompetas proclamen
el fulgor de tu venida!
¡Qué los ángeles te canten
sus salmos y letanías!
¡Qué todo Juan veintitrés
se engalane sin medida,
qué el Señor está con Ella
y la espera se termina!

¡Soñarte es un imposible
y la razón no lo explica!
El amor dibuja el cielo
y su luz llama a la vida,
¡anunciando tu llegada
la Buena Nueva a Sevilla!

Salutación

Rvdo. Sr. Cura Párroco de la Iglesia Parroquial de la Anunciación de Ntra. Sra. y Dir. Espiritual de la hermandad de la Anunciación.

Hno. Mayor y Junta de Gobierno de la Pontificia y Real Hermandad Sacramental de Ntro. Padre Jesús del Poder, Gloria de Ntra. Sra. de la Anunciación, San Gabriel Arcángel y San Juan XXIII.

Hermano Mayor y representación de la hermandad de Pino Montano. Hermanos Mayores. Representaciones de hermandades de penitencia, vísperas y gloria de la ciudad.

Querido hermano. Queridos, muy queridos, cofrades.

Sevillanos, Sras., Sres., hermanos y amigos todos en Cristo y su Bendita Madre... Muy buenas noches.

II.- El bueno de San José

"- He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

Y tras estas palabras, Gabriel, tan sorprendido como esperanzado, marchose de Nazaret a contárselo al Padre. María, perpleja ante lo que acababa de suceder, fue a ver a José, su esposo.

- José, tengo algo importante que decirte, algo que ni yo misma sabría explicar. - dijo María, tras entrar en el cuarto donde José dormitaba hasta ahora, pues las palabras de María lo habían sobresaltado.

- ¿Qué pasa María? ¿Qué ha ocurrido? - respondió José, que no se esperaba nada bueno.

- Ha ocurrido algo muy extraño, y a la vez maravilloso, hace justo un momento. - el recuerdo de aquel ángel y sus palabras le impedían articular palabras precisas, ¿cómo fue aquello posible?, se seguía preguntando.

- Bueno, pero dime qué sucede María, empiezas a preocuparme... - respondió José que, cada vez, se sentía más nervioso, pues, conociendo a María, su bondad y su dulzura la llevaban a realizar cualquier cosa que cualquiera le pidiese. Por eso mejor era esperar a que terminara de contarle. Ése era el problema... José no podía esperar.

- Voy a tener un hijo, José.

Y se hizo el silencio. No se oía nada, sólo la respiración cada vez más acelerada de un hombre casto que, al parecer, había de seguir siéndolo. Tanto que había esperado el momento oportuno, a que su joven mujer estuviera dispuesta y preparada para que ambos pudieran tener un niño, y debía de oír esas crueles palabras que retumbaban en sus oídos y en las paredes de adobe de su hogar, a sabiendas de que fue otro quien tuvo el privilegio, y sería él quien habría de cuidarlo...

- Pero... ¿Cómo es eso posible? Yo creía que preferías esperar, que no estabas preparada... No lo entiendo, María. - dijo José, abatido, sin encontrar explicación alguna a aquellas palabras... Lo que menos esperaba a escuchar aquella noche.

- No te lo vas a creer, José...

- ¿Cómo quieres que lo entienda? Pues claro que no me lo creo, ¡no puedo creerlo! - interrumpió ofuscado.

- José, puedes estar tranquilo, que no te he engañado con ningún hombre, por eso no te lo vas a creer. Voy a dar a luz al Hijo de Dios.
- respondió María intentando enmendar la situación.

- ¿Cómo? Esta sí que es buena, empiezas diciendo que vas a tener un hijo, pero que no me has engañado con ningún hombre. Y para rematar la faena me saltas con la religión, con el Hijo de Dios. Esto es de locos, María. - contestó José, que empezaba a molestarse.

- José, yo nunca te mentiría...

- ¡Ella dice la verdad, José! - dijo Gabriel, que pese a haber vuelto al cielo, a contarle lo sucedido a su Señor, no había dejado de prestar atención a lo sucedido. - El Señor la ha elegido de entre todas las mujeres para concebir en su vientre y dar a luz a su Hijo, por ser tan buena y tan pura. Siéntete dichoso y cuida de las dos maravillas con que el Señor te ha bendecido, y que serán tu familia. - y diciendo esto, volvió a marcharse.

José, que no salía de su asombro, se sintió avergonzado por haber dudado de la palabra de su esposa.

- María, siento haber desconfiado de tu palabra. Cuando vuelvas de visitar a tu prima Isabel iremos a que nos empadronen los romanos, para ese censo que están haciendo...

Y entonces, María Santísima, tras anunciársele el ángel y hablar con José, se despidió y dirigió sus pasos hacia la casa de su prima Isabel, la madre de Juan el Bautista.

San José, descendiente de David, un hombre casto, el patriarca predilecto, el padre de Dios en la tierra, y sin embargo poco, por no decir nada, sabemos de su existencia. Sí sabemos que se desposó con María (probablemente a la edad de 18 – 20 años), que se empadronó en Belén, estando su mujer en cinta, que nació su hijo en un pesebre, que tuvo que huir a Egipto con su esposa, siendo avisado por el mismo ángel que le anunció a Ella la Buena Noticia, que pasado un tiempo regresó a Galilea, a la ciudad de Nazaret, y que se preocupó extremadamente cuando su hijo se perdió y fue hallado en el templo (estoy completamente seguro de que, aunque no lo mencionen las escrituras, reaccionó como cualquier padre cuando su hijo se extravía,

un abrazo, muchos besos y un castigo de una semana... Por lo menos).

Obviando que el ángel del Señor se le apareciese por tres veces, en tres ocasiones diferentes, nada más conocemos del Padre Putativo de la Iglesia. De hecho, se le suele llamar como el “Santo del silencio”, pues ninguna palabra recogen las Sagradas Escrituras de las muchas que, a buen seguro, pronunciara en su vida, educando a quien sería el Salvador del hombre con sus valores, su justicia y su ejemplo. El bueno de San José.

Tras marcharse María, y ver como se pierde en el horizonte desde la ventana, me imagino qué estaría pensando, qué le pasaría por la cabeza al padre más bueno que haya nacido jamás de haber vivido en Sevilla, en vez de en Galilea...

Te siento siempre cercana,
tanto, que si no, me pierdo.
Perduras en el recuerdo
de la noche más temprana,
cuando se entona un hosanna
rezando en los azulejos.
No te marches, no tan lejos...
Vuelve. Preciso al mirarme,
de un lucero que desarme
mi esencia con sus espejos.

Preciso, siquiera un beso,
en tus manos indiviso.
Preciso un tiempo impreciso
y sentir que sigo preso
del amor que te profeso,
que es la fe de mis hermanos.
El instante en que, cercanos,
repetimos nuestra historia,
tras descender de la Gloria,
tu día de besamanos.

Resulta tan diferente
contemplarte cara a cara,
que el segundero se para
cuando nada es lo aparente.
Es un pasado en presente,
y un presente en el futuro.
Ante un camino inseguro,
una luz, de las más bellas,
va velando de mis huellas
tornando vivo, lo oscuro.

Qué gloria y qué resplandor
tiene tu luz en la noche.
Qué gloria ha pintado el broche
del cielo con tu color,
en el sueño de un amor
que perfila tu silueta.
Qué gloria en ti, más completa,
te describe tan sencilla
con tu anuncio, por Sevilla,
en el verso de un poeta.

Noche de Luna rendida.
Noche entre Marzo y Abril.
Noche que en un manto añil
queda bordada y prendida.
Noche por Ti amanecida,
eclipsando la mañana.
Flor de azahar más temprana
en Juan Veintitrés del hombre...
Faro es la luz de tu nombre,
dando rumbo a mi mesana.

Señora, ¿por qué conmigo?
Señora, ¿cuál es el verso?
Señora, ¿de qué universo
eres conforte y abrigo?

Señora, ¿cómo prosigo?
¿Cómo fundir los metales
de las cadenas puntales
que apresan mi inspiración?
Menos mal que el corazón
me avisa de tus señales...

Y en tus señas, con reposo
la tinta se hace palabra.
El mismo alma, tras que se abra,
te describe, con el poso
de sus sentires, lo hermoso
de tu aura, de tu brillo...
No hay fulgor más sencillo
que el resplandor de tu aurora
al ver que ha llegado la hora
saludando al giraldillo.

A Ti se prende la infancia
en un crisol de ternura,
arropada en tu dulzura
mientras crece, con constancia.
Te regala su fragancia,
mientras crece en madurez
y entrega la nitidez
de tu domingo soñado.

Es la gloria, que ha bajado,
para sentirte otra vez.

Para vivir sin lamento,
buscando... No busco nada.
Tan sólo, si tu mirada
perdiese por un momento,
miraría al firmamento
al sentir tu lejanía.
Porque Tú, dulce María,
nunca me dejas 'sintigo',
siempre te siento conmigo
susurrándome alegría.

Porque habitas en los cielos
y nunca nos abandonas,
¡lucero de mil coronas
que vence angustias y duelos!
Te rogamos en tus vuelos
la paz en las aflicciones,
¡misericordia y perdones
cuando nos falta el auxilio!
Y renuevas el concilio
de gozar las ilusiones.

El gozo del reencuentro,
de que al fin llega el Domingo
y sentimos el respingo
del niño que va por dentro.
El gozo tiene epicentro
en un Sol que nos alerta.
¡En tu sonrisa despierta
el Domingo de los sueños,
por volver a ser pequeños
al salir por esa puerta!

III.- A la ‘Virgen Niña’

Y saliendo por la puerta de nuestro sueño, llegamos al alma del pregón, y sólo encuentro una palabra para definirla... Tierna. Qué tierno es que la inocencia juegue con la vida al pilla – pilla mientras que somos niños y aprendemos a ser lo que somos... Niños al fin y al cabo. Es la etapa más hermosa y sincera de todas. La más grande, porque al mismo tiempo es la más pequeña y la más humilde.

¿Nunca se han preguntado por qué crecieron? Mi creencia al respecto es firme y rotunda, como la piedra y el pilar maestro que sostiene los cimientos de esta Iglesia. En la infancia crecimos porque nos sabíamos pequeños, nos creíamos lo que éramos, niños. El niño es niño, se sabe niño, y desde su pequeñez y su enorme humildad para reconocerse pequeño, aprende, crece, se hace grande. Tan grande como el niño grande que somos ahora.

¿Por qué dejamos de crecer? Porque creímos que dejamos de ser niños. La humildad pasó de zapato a corbata, que cuando nos molesta, nos la quitamos (pero zapatos de los de cordones, los tacones

no me valen). ¡Ay de aquél que se reconoce grande, porque se olvida de lo pequeño que es! Por eso Jesús nos dijo que si queremos entrar en el Reino de los Cielos, hay que ser como un niño. De hecho, con no dejar de ser nunca el niño que llevamos dentro, diría que basta.

Muchos han sido los que han reflexionado sobre la infancia. John Fitzgerald Kennedy : “Los niños son el recurso más importante del mundo y la mejor esperanza para el futuro”. Oscar Wilde: “El medio mejor para hacer buenos a los niños es hacerlos felices”. Gilbert Keith Chesterton: “Lo maravilloso de la infancia es que cualquier cosa es en ella una maravilla”. Rainer María Rilke: “La única patria que tiene el hombre es su infancia”. Su Santidad, el Papa Francisco I: "Cada niño abandonado, marginado, víctima de cualquier forma de violencia es un grito que sube a Dios" (ya estaba tardando en salir el Papa...).

Quiero recordar una de las múltiples peticiones del Papa Francisco: «Y cada uno, repitémonos desde el corazón: ninguna familia sin vivienda, ningún campesino sin tierra, ningún trabajador sin derechos, ningún pueblo sin soberanía, ninguna persona sin dignidad, ningún niño sin infancia, ningún joven sin posibilidades, ningún anciano sin una venerable vejez».

Me gustaría que nos uniésemos a esa petición, tomando como referencia una cita de Pablo Neruda: “El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él”. Pido por todos nosotros, para que nunca perdamos el niño que llevamos dentro, a nuestra ‘Virgen Niña’ no le gustaría.

Paseaba una chiquilla
por los jardines del alba,
de la mano de su madre,
juntas, felices, en calma.

El cielo borraba nubes
por tal de verla en su gracia.
Las fuentes, en su paseo,
le regalaban sus danzas,
y anhelaban los estanques
sus caricias en el agua.
Las palomas se acercaron,
saludando a la más Blanca.
Todas las flores abrieron
sus pétalos por mirarla.
Inundaban el ambiente
el frescor de sus fragancias
y los colores, despiertos,
que anunciaban su llegada.
Su presencia era un regalo,
la primavera soñada.
La vida estaba de vuelta
simplemente con nombrarla.
Ella era flor entre flores,
brillaba ante sus hermanas,
respirando intensamente
el aroma de su infancia.
El verde en sí, fue más verde
después de aquella mañana.
Esa dulce jardinera
era una alegre alborada,

todo en ella amanecía
y acudía a su llamada.
Bastaba ver la ternura
de la sonrisa en su cara.
La natura sonreía
por verla jugar sin falta.
Era infantil azucena
sembrando amor a sus plantas.
¡Y por sembrarse en su Gloria
las flores, en su alabanza,
se entregaban a sus pies
en forma de petaladas!
Corrió el rumor en Sevilla
de la alegría anunciada...
La Niña daba la lumbre
al corazón que le falta.
Era el brillo y la salida
de los hoyos que se cavan
entre negras cavidades
al no encontrar esperanza.
Toda la ciudad, en júbilo,
celebró lo que pasaba.
Resonaba la trompeta
del Paraninfo y la fama.
El Parque María Luisa,
con su flora engalanada,

regaló todo su verde
con las hojas de sus ramas.
La luz llegaba distinta
entre fulgores de magia.
Pintaba los azulejos
con colores de la nada.
Decoraba con sus rayos
los perfiles y fachadas,
y reflejando su aurora
encendió las espadañas.
San Salvador, San Bernardo,
y hasta San Juan de la Palma.
Desde el barrio Santa Cruz
al Arenal y la Alfalfa.
La Iglesia La Magdalena,
Los Terceros, Santa Marta,
Calle Feria, Macarena,
San Jacinto y la Campana.
¡Toda Sevilla pendiente
de su dicha ensimismada!
La Giralda de puntillas
intentaba saludarla.
Recordó al verla jugar
la pureza de su cara.
Parecía en su baluarte
más morisca y sevillana,

y los ángeles de lo alto
repicaron sus campanas.
Soplaba un aire en el río,
como caricia temprana.
Llegó el eco de un revuelo
en el Tardón y la Cava.
María regresó en Mayo,
como cantaba Triana,
que fue a contarle la nueva
a su abuela en Santa Ana.
¡Qué la Madre de esa Niña
es abuela por su gracia!
¡La abuela del Niño Dios
que en Pureza se levanta!
¡La abuela de aquel Cachorro,
que en esa cruz nos abraza,
que nació como se muere,
cumpliendo cada palabra!
La abuela que le da nombre
a la calle proclamada,
en el barrio San Lorenzo,
de los Castejón, morada,
¡la que acogió aquella Niña
hasta cuando se marchara!
Anunciación se pasea
por los jardines del alba.

La 'Virgen Niña' de vuelta
es primavera en el alma.
Es renacer la hermosura,
es eclipsar la nostalgia...
¡Y todo Juan Veintitrés
celebra al fin su llegada!
Porque al salir del jardín,
la Niña volvió a su Casa,
a una humilde capillita
junto a la Señá Santana,
de la mano de la abuela
del Poder que nos regala,
en el barrio que la anuncia
tras su reja de plegarias.
Ven a verla, ve a rezarle,
a contarle qué te pasa.
Sólo mírala, escucha
en tu interior cuando te habla.
Deja que Ella te demuestre
que lo que enjugan las lágrimas
no es tristeza sino gozo
por ser feliz a sus plantas.
Anunciación de alegrías,
noticias inesperadas,
de sueños de mil colores
que se pintan de alborada.

Eres la Niña que juega
con los pellizcos al alma.
Esa infancia que se esconde
en sonrisas que no cambian.
Tu Anunciación es la vida
que entre tus manos descansa,
la fe ciega por creerte
que nos dibuja esperanza.
Porque al mirarte se encienden
ilusiones apagadas.
Al mirarte vuelve el niño
que en el corazón se guarda.
Las penas desaparecen,
contigo el amor se agranda,
¡dame la mano, María,
que no quiero que te vayas!
Anunciación te nombraron,
y ‘Virgen Niña’ te llaman.
¡Seamos como dos niños
que juegan una mañana!
Dos chiquillas se reflejan
en la flor de tu mirada.
Son los ojos en el rostro
de María Inmaculada.

IV.- Los milagros de la Virgen

Por todos es sabida la historia de la Virgen de la Anunciación, propiedad de la familia Castejón, como también es más que conocida y comentada su llegada a este templo parroquial.

Un vecino del barrio, D. Rafael Castejón Díaz, poseía una Imagen de la Virgen y la ofreció a la parroquia con intención de fundar una hermandad de Gloria. Multitud de vecinos y feligreses fueron a visitarla al piso en que moraba, mientras el ofrecimiento quedó en suspenso hasta 1.973, año en el que se le presentaron a D. Juan Antonio la friolera de cuatro mil firmas recogidas de todo Juan XXIII, solicitando la entronización.

El 4 de diciembre de ese mismo año, D. Antonio Domínguez, Vicario General del Arzobispado, da autorización y licencia para que sea entronizada la Imagen de la Santísima Virgen, y por fin, el 20 de febrero de 1975, el Cardenal Bueno Monreal aprueba la erección canónica de nuestra hermandad.

El 25 de marzo de ese mismo año, festividad de la Anunciación, monseñor D. Rafael Bellido Caro, obispo de Jerez, bendijo en el bloque nº 31 de la calle los claveles, de la barriada Juan XXIII, un retablo de azulejos de la Anunciación, costado por todos los vecinos de dicho bloque. Desde entonces, este azulejo recuerda la estancia de su bendita Imagen entre las paredes del 3º C.

Del día en que crucé por primera vez esas puertas, allá por el mes de junio, recuerdo perfectamente a Carmen en la casa de hermandad, contándome esta historia con todo detalle, pero lo que más me sorprendió fue el final del relato... “¡No vayas a contar la historia en un poema otra vez, por Dios! Habla de la Virgen, tú habla de la Virgen, ya está”. Y entonces, Carmen empezó a contarme otra historia. La historia que se hace día tras día, en peregrinación a la Compostela de tus ojos, tu mirada, y el rezo que mirarla suscita en nosotros, peticiones incluidas...

Alguien me dijo una vez que en todas y cada una de las tallas de Dios y su Madre, hay escondidos un pedacito de Él, de Ella, y son las Imágenes las escaleras que comunican la Iglesia terrena con la celestial. Y es que a través de tus manos, muchas personas y familias, no una ni dos, ha encontrado cumplida esa petición, ese rezo, aquel sueño imposible, algunas de ellas incluso llegando a tocarlo...

¿Cuántas veces te han pedido
«Anunciación, no me faltes,
que quiero que estés conmigo»?

¿Cuántas veces, a tu reja,
se han fundido nuestros sueños,
nuestros miedos y promesas?

¿Cuántas veces han soñado,
con lágrimas en el rostro,
la caricia de tus manos?

¿Cuántas veces? Ay, no sé...
¿Cuántas veces intercedes
por todo Juan veintitrés?

¿Cuántos, Anunciación, cuántos
rezos del 'Ave María'
has atado con un lazo,

indiviso por tu Gloria,
al manto que en la deshora
como arropo nos custodia?

¿Por mucho que nos marchemos,
cuántos hijos somos pródigos
que a tus plantas hemos vuelto?

Ya no hay pena ni sollozo,
¡porque no caben al verte
mil luceros en tus ojos!

Tu aureola de nostalgia
alumbra el niño que fuimos
con resplandores de magia,

le dices cuando se esconde
¡qué salga! ¡Qué nuestra infancia
la llevas siempre en tu nombre!

Anunciación, Virgen Niña,
ni Dios sabe qué milagro
pudo soñar tu semilla...

¡Todavía se pregunta
¿qué jardinero en Sevilla
te plantara con ternura

en el jardín del querer,
corazón del sevillano
que te ha visto florecer?!

Así naciste, entre flores,
que sólo pensarte inunda
nuestra mente de colores,

de fragancias imposibles
que reviven nuestras almas
y confunden los sentires.

Nos sentimos Isabel
cuando vienes de visita,
sin aviso, sin querer.

Es un sin querer queriendo,
sabiendo que con tu verde
pintarías nuestro encuentro.

«Bendita entre las mujeres.
¡Todavía más bendito
es el fruto de tu vientre!»

Aquel con la cruz auestas,
Aquel que todo lo puede
con túnica nazarena.

Tu nombre nos glorifica,
porque en sí, Tú lo eres todo,
en plenitud y alegría.

La humildad se te hizo grande,
y el amor, por ti dichoso,
que en tu corazón, no cabe.

Tanto que a quienes les falta
por tal de ser más felices,
acaban sin tener nada.

Somos quien somos, por Ti,
conviertes lo negro, blanco,
nos enseñas a vivir.

Por ti merece la pena
dejar volar nuestra mente
y que fluya – siempre acierta. –

Tú le das sentido a todo,
eres los ojos que inspiran
las ilusiones de un loco.

Porque ay... ¡Bendita locura,
que me alienta a pregonarte
y regalarte la Luna!

Estar loco es olvidarse
de lo que piensas, dejar
que el alma siempre nos hable.

Estar loco es ser quien eres,
dejarse llevar haciendo
lo que quieres cuando quieres.

¡Qué estar loco es una chispa
que se enciende en el momento
en que nos cambia la vida!

No estoy loco cuando os hablo,
creed en esto que os digo,
que Tú eres nuestro milagro.

Tu camarera al pedirte,
“cúrame, quiero vestirme”,
vio al fin repuestas sus manos.

Tu peana se hizo poso,
entre estampas y reposo,
del rezo de mis hermanos.

Por tal de que anduviera,
aliviaste la cadera
de una niña y su familia.

Sus trabajos otorgaste
a los hijos que arropaste
en sus noches de vigilia.

No podrán nunca contigo,
el hospital fue testigo
de una abuela rescatada

tras el mármol que cayó,
y otra niña que enfermó
y en oración, fue curada.

Y veremos tu verdad,
sanarás su enfermedad,
con tu nombre Anunciación.

Y encontrará su trabajo
siguiendo siempre el atajo
que lleva a tu corazón.

Tus milagros, Madre mía,
siembran de amor y alegría
nuestra vida con tu Gloria.

El milagro que más quiero
es sentir – qué placentero –
tu fulgor en nuestra historia.

Los milagros que nos diste
son los sueños que cumpliste
por tal de volver a verte.

¡El milagro, que no callo,
es la sonrisa de Mayo
que anuncia cómo quererte!

V.- ¿Cómo Anunciarte?

Dicen que es de bien nacido el ser agradecido, y la verdad es que nací divinamente (en la Clínica de Fátima de la Avenida de la Palmera para ser precisos). Por ello, por ser bien nacido, y porque la candelería del pregón va llorando cera de recogida, me veo en la obligación de deciros GRACIAS. A todos.

GRACIAS Gabriel, por tus palabras, las cuales he sentido muy cercanas pese a no habernos conocido antes. Es un auténtico placer, tanto el conocerte como el haberlas escuchado.

GRACIAS Manuel. Es la única palabra que expresa el sentimiento de admiración por tu persona y por todo lo que has hecho. Desde el primer momento has seguido con suma atención, y admiración incluso, el largo proceso de escritura del pregón. Has sido apoyo incondicional, ánimo sincero... Autenticidad, y eso es lo que permanece. Que la Reina de la Anunciación y el Poder de su Hijo os bendigan a ti y tu familia todos los días de vuestras vidas.

GRACIAS Junta de Gobierno y hermanos de la Anunciación. Cada momento compartido con vosotros, pese a no haber sido tantos como a mí me hubiese gustado, la atención, el trato, la acogida, la convivencia... Todo ello convierte este pregón y este acto, para mí, en algo mucho más valioso.

GRACIAS cofrades y sevillanos. Sólo espero que estas humildes hayan sido de su agrado. Si he conseguido que uno sólo de ustedes, salga por esa puerta siendo más feliz que cuando entró, no habrá nadie en este mundo más satisfecho que quien les habla. Sería el mejor pago a la deuda contraída al decirle sí a Manuel Vales, a la hermandad y a Ella, la Reina de Juan XXIII.

Anunciar: dar noticia o aviso de algo; publicar, proclamar, hacer saber. Anuncio: conjunto de palabras o signos con que se anuncia algo. Pronóstico.

Aún sigo sin comprender quién se anunció primero, si el ángel a María, o al revés... Si Sevilla a María, o María a Sevilla. Mi cometido en esta noche era precisamente ése, anunciarla, a Ella. El anuncio concluye, y me siguen asaltando tantas dudas sobre su Anunciación, que no sé si he logrado cumplir con mi propósito...

No sé expresar el anuncio tácito, real, exacto, preciso de su llegada, de su nombre, porque en sí, Ella, su imagen, su talla, su nombre, se anuncian en sí misma, a través de sus ojos, su rostro, su sonrisa, su pelo, su perfil, su silueta, su... No sé cómo explicarlo.

Dime, ¿cómo te digo, Niña? Sólo me queda intentar describir, con este pobre discurso, lo que se siente cuando te anuncias, lo que siento cuando te anuncias en mí. Sosiego, confianza, alegría, entusiasmo, felicidad, locura, primavera, pasión y fuego por dentro...

¿Puede ser que tu anuncio despierte la vida que se había dormido, en el sueño de la tristeza, la pereza, la rutina, la enfermedad...? ¿Y si tal vez su verdadero anuncio es sentir que esas emociones rigen de nuevo en nuestro corazón?

Su Anunciación... Es Amor, con mayúsculas. Impregna con su esencia todo tu ser, pon amor en todo aquello que hagas. Amor sin medida, y locura, te aseguro que merece la pena estar loco (aunque sólo sea un poco). Deja fluir tu mente y tu alma, acertarás. Simplemente, Amor. Amor en tus momentos, Amor en familia, Amor

en el amor, Amor en el trabajo, Amor al rezar y al pedirlo, Amor en la fe, Amor en la risa, Amor, mucho Amor, cuando sonrías, Amor en el llanto, Amor con los amigos, Amor con los enemigos... Amor, Amor y Amar. Como nuestra Madre. ¿No será que su anuncio es Ella, y lo demás, no importa?

Señora, qué sola estás
siempre que intento anunciarte.

¡Qué sola entre los consejos
que nunca comprende nadie!

Cuánta caricia perdida,
¡cuántos besos me robaste!

¡Cuántos abrazos cautivos,
cuánta mentira a raudales!

¡Cuántas miradas esquivas
se clavan como puñales!

¡Cuánta promesa en tus labios
que se quiebran en desplantes,
en hechos que no demuestran
lo que intentan demostrarte!

¡Cuántas palabras vacías
que se dicen sin pensarte!

Señora, qué sola estás
siempre que intento anunciarte.

Necesito que me digas
cómo escribir el romance,
para sentirte, quererte,
y eternamente mirarte,

y tomarte de la mano,
y por Sevilla entregarte
al Mayo de sus aceras,
y el ciclo de un almanaque
que cuenta las primaveras
en los días en que sales.
Sueño un cielo atardeciendo
que te arrope por las calles,
por la Sevilla dormida
que aguarda en Ti despertarse.
Esa tarde la avenida,
entre puntos cardinales,
será siempre Anunciación,
corazón de calle Imagen.
La Catedral de los sueños
te elevará a los altares,
y saldrás de los Terceros
en el recuerdo imborrable
de un paseo por el centro,
Niña de los arrabales.
Soledad de mi querer...
Entre quedarse y marcharse
hay dos almas indecisas
con amor escrito en sangre...
Porque el amor es así,
eternamente un instante

que se repite distinto
en la gloria de mirarse.
Yo te miro, Tú me miras,
y se funden los metales
con la caricia soñada
de mi mano por tu talle.
Te confieso, Anunciación:
quisiera ser como el aire,
suave brisa de Triana
que te mece con alarde.
Quisiera ser torbellino,
ser aliento que soplase,
y rozando tu cintura,
pasearte por tus calles
y adueñarme de las flores
que te coronan de salves.
Acariciar con mis vientos
tu perfil y tu semblante,
y recrearme en los rizos
de tu melena azabache.
Susurrarte “¡Virgen Niña!”
y soñarte en un desplante,
bajo una Luna eclipsada
por tu belleza y donaire.
Perderme en tus ojos verdes
cuando te tengo delante.

Escribirle a esa cara
mil piropos y romances,
en un folio azul de gloria
para el canto de tus ángeles...
Yo mientras tanto, Señora,
volaré para llevarte
con mis vientos de bonanza...
Seré para Ti, el aire.
Susurraré con mis versos
caricias de brisa suave,
te brindaré los perfumes
de las coronas florales.
Me quedaré en la espadaña
con las campanas del arte.
Tañeré con el badajo,
¡que los repiques te aclamen!
Te haré llegar el sonido
de los ecos de las salves.
¡Qué todo el barrio se entere,
del anuncio de la tarde,
qué por fin sale “la Niña”,
paseando por sus calles!
Yo mientras tanto, Señora,
seré brisa cuando pases,
seré un aliento de Gloria...
Seré para Ti, el aire...

Es tu Anunciación,
tu nombre nos llama
a sentir el gozo de alcanzar la Gloria
que anuncia tu gracia.

Todo al fin renace,
tu barrio despierta,
pues con tu venida concluye el letargo.
Tu tiempo comienza.

¿No ves las señales?
¡Se vuelve a la vida!
¡Estás tan alegre que sobre tu rostro
brota una sonrisa!

El verde es más verde,
fluye del querer
de mi 'Virgen Niña', Reina y Soberana
de Juan veintitrés.

No sé lo que tienes
que dibuja soles...
Nos brindas tu aurora pintando en el alma
sueños de colores.

Es tu Anunciación,
tu nombre nos llama
a esperar tranquilos a que venga el ángel
con nuestra Esperanza.

Siempre nos escuchas,
cumples lo que pida,
tan sólo con verte, rezando despacio
un “Ave María”.

Percibid el calor
de cuanto susurra,
sentid la caricia que en el corazón
prende su dulzura.

Cuéntame chiquilla,
dime lo que sientes,
que mientras escribo me asaltan preguntas.
¿Qué es tan diferente

que quiero saberlo
mirando tus ojos?
¿Qué será la magia sobre tu mirada
que esconde algo hermoso?

Es tu Anunciación...
Tu nombre nos llama,
a ser más felices estando a tu lado
para ser compañã.

Sevilla es el ángel
que bajó a la Tierra,
que de tu hermosura quedó sin palabras
al darte su nueva.

Sevilla te anuncia
es tu Gabrielillo,
el duende al compás que entrega sus alas
volando contigo.

Pero también llora,
siendo Giraldillo,
al ver cómo nace, por morir en cruz,
el Poder de un Hijo.

Y vuelve el anuncio,
¡tu ángel es Sevilla,
jardín del Edén que ofrenda sus flores
por ver tu sonrisa!

Es tu Anunciación,
¡tu nombre nos llama
a vivir la historia que por Ti se escribe,
qué Tú nos regalas!

Es tu Anunciación,
¡siempre lo más grande
de todo lo bueno que Dios nos dejara!
¡Qué nunca nos faltes

siendo Anunciación!
Fuiste y serás Madre,
de un Amor sincero que no se mendiga...
¡Sólo se comparte!

¡Cuánta Anunciación
la que nos repartes!
¡La que nos alientas al ir a tu encuentro
y pasar con arte!

¿Por qué Anunciación?
¿Por qué me llamaste?
Me guardo la dicha de cumplir mi anhelo
de poder hablarte.

El pregón se acaba y el verso agoniza
queriendo soñarte.
Es un imposible que deja sin habla
porque la robaste.
Me marchó con pena, sin saber siquiera
si pude nombrarte,
pues miro tus ojos y mi pecho siente
quererte a raudales.
¡No hay mejor anuncio que el de todo un barrio
que procura amarte!
¡Qué Juan veintitrés es Casa en la Tierra!
¡Y Tú eres su Madre!
¡El ángel del Señor te llamó, María,
con un ‘Dios te salve’,
pero aquí en Sevilla Tú eres ‘Virgen Niña’!
¡Así he de anunciarte!

He dicho.